

# Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.

Nº 110  
31 marzo  
1912



Dos sugestivas bellezas  
y su adorador platónico.

riendo las agudezas  
que publica «Madrid Cómico».



Lo de la Enriqueta Martí, que tanto preocupa á las gentes desocupadas, no tiene ninguna novedad (á mi juicio), porque eso de «comerse los niños crudos» es más viejo que andar á pie. No me refiero á los distinguidos caníbales que practican la



antropofagia y se almuerzan hasta á los «mozos crúos», sino á las madres samaritas, quienes—según la Historia Sagrada que me enseñaron cuando era niño y sin cocer—al ocurrir la ruina y destrucción de la antigua capital de la Media, «se comieron á sus propios hijos», cosa de que no se puede acusar á la ogresa de Barcelona, la cual no ha tenido sucesión, que yo sepa.

Por cierto que el repórter enviado allá por un colega de la



mañana demostró estar en el abecé de la Historia Natural cuando dijo que la Enriqueta Martí era «unípara», pues así se llama á las hembras (buenas ó malas) que generalmente sólo dan á luz un hijo en cada parto.

Hay que saber de todo un poco (titulejo de esta sección) y no tomar el rábano por las hojas.

Quedamos, pues, en que lo de *menjar* «carne blanca» no es una cosa del otro jueves.

«Ahora bien»; lo de aderezarla con aceite y vinagre, es una de tantas porquerías de la Enriqueta.

Pero no de las mayores, seguramente...

Lo de la reaparición de la *Pastora Imperio* en las tablas tampoco ha llegado á sorprenderme. En ellas tenía que rematar la mujer del *Gallo*, y peor hubiera sido el que se volviese la oración por pasiva.

Más extraño y chocante es que se haya vuelto la historia del «Gallo de la pasión» (personaje de actualidad) ante la antigua «pasión del Gallo»; pues si San Pedro negó tres veces al Divino Maestro antes de que cantase aquél, éste (el chico de las de Gómez) negó á la divina maestra del «cante jondo» muchas más veces antes de que ella se arriesgase á cantar de nuevo en Sevilla.

Y no creo que lo haga bien, pues una mujer que suelta un Gallo tan fácilmente no va camino del Real.

Ni de los ocho cuartos...

Se ha vuelto á poner sobre el tapete (verde, por aquello de los cuentos de ese color que se cuentan unos á otros los «inmortales», según dijo D. Juan Valera), la cuestión de si las



mujeres letradas tienen ó no derecho á formar parte de «la docta Corporación».

Yo opino que sí, rotundamente.

Porque, ¿quién como ellas para darle á la Lengua todo el esplendor de que está tan necesitada?

Además, me parece que D.<sup>a</sup> Emilia tiene sobrados méritos para ocupar el sillón vacante en la Academia.

A española nadie la ganará, ni aun la marquesa de Squilache, su cooperadora en que la «ideica» del maestro Cavia fuese puesta en ejecución.

Más vale besar que ser Besada, contrincante de la condesa de Pardo Bazán en lo del ingreso.

—¿Pueden entrar los catecúmenos en la iglesia?—preguntaban á cierto estudiante del Seminario.

—Por mí... ¡que entren!—dijo el examinando.

Y eso digo yo á propósito de la eximia... y de todas las mujeres de letras.

Al fin y al cabo no lo habían de hacer peor que los hombres.

Y... «rien ne va plus», como dicen los «croupiers» ante el verdadero tapete verde.

Carlos Mirandá.

# LO IDEAL EN EL REAL

Se representaba *Lohengrin*, la hermosa leyenda alemana puesta en música por Wagner. Yo, sentado en una butaca, seguía con atención creciente, más que los geniales acordes de la orquesta, el asunto que los inspiraba: la historia de aquellos amores, melancólicos como los tonos del cielo germano y poéticos como la superficie silenciosa y azul de los inmensos lagos que se extienden por la patria inmortal de los sueños y de las quimeras.

¡Qué maravillosa tradición la del héroe sobrehumano que, caballero en un cisne de blanquísimas plumas, avanza al encuentro de la virgen enamorada y la protege con su brazo y proclama a la faz del mundo su inocencia, y se une a ella y la hace disfrutar los goces de un amor divino para abandonarla luego y sumergirse en el seno de las aguas tranquilas, hasta cuyo fondo llega la luna quebrándose en haces luminosos que alumbran el fantástico palacio de de aquel genio protector y sublime!

Con ser falsos, con ser imposibles todas estas imágenes, todos estos hechos sobrenaturales que brotan de la imaginación del hombre cuando quiere justificar el nacimiento de un pueblo ó de una raza, atraen, seducen y provocan el deseo de verlos transformados en realidad, ya que la realidad en sí ofrece tan escasas bellezas y tan pobrísimos encantos.

Desde el escenario donde se desarrollaban tales artísticas escenas, volvíanse mis ojos á la espaciosa sala, y parecían ella marco perfecto para contener los fantásticos personajes del poema alemán. La blanca luz de las lámparas eléctricas se reflejaba con iguales y enérgicos matices en los dorados adornos, en el oscuro y reluciente terciopelo, en las balaustradas de

madera y en el caprichoso conjunto de la techumbre, para deslizarse después con suave y mimoso resplandor por las espaldas desnudas de cientos y cientos de mujeres encantadoras, para morir temblando entre los pliegues de un justillo de seda, hipócrita encubridor de las desnudeces del seno, para subir lascivamente por la robusta curva de unos hombros, para acariciar las líneas, ora esculturales, ora atrevidas y graciosas, de aquellos rostros embellecidos por una sonrisa de placer ó por un gesto de satisfacción y de ventura.. ¡Espléndido serrallo donde la imaginación, más rica que todos los sultanes de Oriente, podía escoger á su gusto, sin temer al cansancio y burlándose del hastío!

Entre aquellas mujeres había una que llamó singularmente mi atención. Rubia, delgada, esbelta, vestida de blanco, con un sencillo prendido de flores en el pecho y apoyada la barba sobre una mano pequeña y nerviosa, seguía ella también con afán indudable la historia de Lohengrin y la inmensa pasión de la virgen de la leyenda. Los ojos azules de esta otra virgen, ataviada á la moderna, resplandecían con infinita y melancólica ternura, mientras sus labios entreabiertos semejaban aspirar con deleite la atmósfera de majestad y de belleza con que envuelve á su héroe el poeta alemán.

—Ella también—murmuraba yo para mis adentros—soñará con un amor casi divino, exento de impurezas, de egoísmos y de tradiciones; plétorico de desinterés y de ternura; exuberante de fantasía y de pasión. Acaso por los rincones de su cerebro danza la imagen de un Lohengrin que, si no va vestido de plata, ni vive en las transparentes profundidades de un lago, será bello, fuerte, generoso, poético... Tal vez ese Lohengrin existe; sin duda se esconde en aquella fila de butacas, adonde esta preciosa criatura dirige sus gemelos, y que yo no alcanzo á distinguir desde la mía.

¡Dichosa ella si es adorada por un ser de tan excepcionales condiciones!... ¡Dichoso él si posee el amor de esa niña á quien sólo le falta destrenzarse la cabellera para convertir en carne el sueño de amores acariciado por un juglar en el brumoso horizonte de la Germania!...

El último acto tocaba á su término. Lohengrin, despidiéndose de su adorada y arrojando en sus brazos el fruto divino de su amor, desapareció en las profundidades del lago, y yo abandoné mi butaca y me dirigí precipitadamente al foyer para contemplar de cerca á la mujer rubia que tan en consonancia estaba con la obra que concluía de representarse.

No tardó en aparecer delante de mis ojos, arrebuñado el cuerpo en amplio y elegante abrigo de seda, y acompañada por una anciana respetable, que debía ser gran persona á juzgar por los innumerables saludos que la hicieron á su paso por el foyer.

—¿Dónde está tu novio?—dijo aquella señora á la niña.

—No sé—respondió ésta—, no lo veo. Y se puso á registrar con sus ojos azules y dormidos todos los ámbitos del salón.

—¡Ah!—murmuré yo—; la virgen tiene su Lohengrin. Y voy á conocerlo ahora mismo, añadí, al ver que la muchacha, volviéndose á la anciana, exclama:

—Ahí está.

Envuelto en un gabán de pieles, y apoyándose en un bastón con puño de plata, avanzó hacia la joven un mozalbete delgaducho, enclenque, mal configurado, de rostro cetrino y ojos saltos y faltos de expresión. En el dedo anular de su mano izquierda brillaba un diamante de gran precio, y cuando se quitó el sombrero para saludar á las damas, dejó al descubierto una frente estrecha y deprimida, que acusaba la imbecilidad más absoluta.

—¡Vaya un Lohengrin! ¿Y estos son los amores de una virgen?—exclamé yo con rabia, como si hubiese recibido un insulto.

—Vuestro carruaje no ha venido aún. Os ofrezco el mío—dijo el mozalbete.

—Vamos—repuso la anciana.

Y se dirigieron hacia la puerta del foyer.

—¡Ahora se explica todo!—murmuré yo riendo por lo bajo, al ver el vehículo que el tísico ponía á disposición de la joven.

No era precisamente un cisne, pero era una berlina de todo lujo, tirada por dos caballos que valían un dineral.

Joaquín Dicenta.

## EN EL TOCADOR



—¿Y qué motivo ha sido el de la huelga de Inglaterra?

—Porque veían los pobres mineros el porvenir muy negro.



—¿Te has hecho tú ese sombrero que he visto en el armario?

—Sí.

—Pues está muy bien; eres muy habilidosa.

—Como que me pinto sola.



En estos días se ventila el pleito de las mujeres académicas, á propósito de la candidatura de doña Emilia Pardo Bazán.

¡Yo creo que eso beneficia principalmente á los académicos cuando *la inmortal* sea una dama joven y de buen ver. Y las señoras harán allí muy buen papel. Doña Blanca de los Ríos de Lamperes es el académico de la Poesía de más entusiasmos y que toma la palabra en casi todas las sesiones, siempre para cosas atinadísimas.

Las mujeres están bien siempre, hasta cuando nos hacen sufrir, y quizá entonces las estimemos más. Es muy española la opinión de que «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa», y que una mujer está mejor zurciendo calzones que escribiendo versos. Me parece absolutamente estúpido y grosero todo esto.

Los ángeles del hogar me parecen insuficientes si no saben hacer nada más que zurcir. En mi vida yo he soñado con una compañera, con una colaboradora, cuya amorosa inteligencia conozca la palabra encantada de fortalecimiento para todos mis desmayos y todas mis catástrofes.

Con coser á tiempo la ropa blanca no se presta ningún consuelo al espíritu. Esto hace que cuando el esposo es un hombre de inquietudes espirituales exista un espantoso divorcio entre sus vidas. Además de que el problema de los quehaceres domésticos se resuelve con darle cincuenta reales á una moza conquense.

Claro es que no hablo de las marisabidillas, de las poetisas que pintó Taboada, de las bachilleras que ganan en erudición lo que pierden en sensibilidad femenina. ¡Me horrorizaría una mujer diputada provincial! Por eso abomino de las *sufraquetés británicas*.

Pero en el terreno del arte, las mujeres están muy á tono, porque la ternura, la sensibilidad y la imaginación son atributos esencialmente femeninos. Decimos de los poetas que más nos conmueven que tienen alma de mujer. Bécquer nos hacía llorar porque era muy femenino.

Además, considerad la diferencia de madame Rostand, por ejemplo, flor de exquisito entendimiento, con esas buenas señoras cuya espiritualidad no alcanza á más que á tener la sopa á tiempo y los cuellos preparados. La mujer del artista debe ser algo artista también para la buena armonía conyugal, así como la esposa *burguesa* no importa aunque sólo posea las virtudes hogareñas. Para la mayor parte de los empleados, militares, comerciantes, etc., la esposa no es más que una continuación de la patrona. Y es lógico; que si no no constituiría aristocracia, la única lógica aristocracia, el llevar en el alma esa azul florecilla de ideal de Nuestra Señora la Poesía.

Respecto á doña Emilia, no me explico por qué tiene deseo de entrar en la Academia de la Lengua. ¿Qué puede hacer allí un cerebro fuerte y un temperamento de artista? Recuerde la condesa de Pardo Bazán la fábula de Andersen, y piense lo triste que es hacer de cisne entre los patos bellacos como el Sr. Catalina, por ejemplo.



*La gente de rompe y rasga* es una obra mixta de saineté y de melodrama, original de Javier de Burgos, que está llevando público al teatro Martín.

Esta pieza no es absolutamente de mi agrado; pero abundan en ella las cosas que me gustan. Tiene escenas de sainete con

un castizo sabor madrileño y tipos muy reales, muy cómicos y muy bien vistos, como el memorialista D. Damián, encarnado admirablemente por el actor Sr. Bejarano. En esta obra es donde está más acertado el referido actor.

Eulalia y Severo Uliverri hacen dos chulones muy bien sentidos, notables y jacareros, y en las situaciones melódramáticas consiguen con su entusiasmo y su maestría artística que nos entreguemos del todo á aquel conjunto de artificios tan inverosímiles.

Porque todos los tipos de la obra están admirablemente observados, todos son de carne y tienen alma y pasión y el ambiente es nuestro encantador ambiente chispero de la chulería madrileña. Esto me confirma en la creencia de que Javier de Burgos tiene talento para llevar su nombre—que es el de un gran sainetero muerto, como sabéis—con el debido decoro.

Ahora, la trama de la obra es completamente falsa y va sólo á buscar el efecto fuerte, no por buenos caminos artísticos. Creo que todo esto lo sabe él bien. Y por eso me permito aconsejarle que puesto que tiene excelentes condiciones de sainetero, trabaje con la mayor honradez artística, sin cuidarse del público ni de su mal gusto de multitud inconsciente. Siempre le quedaría, aunque no triunfase, la satisfacción de haber hecho una labor de belleza. Y puede que también le diera dinero, que, como vemos, el público ya va desasnándose y gusta de la literatura en el teatro.

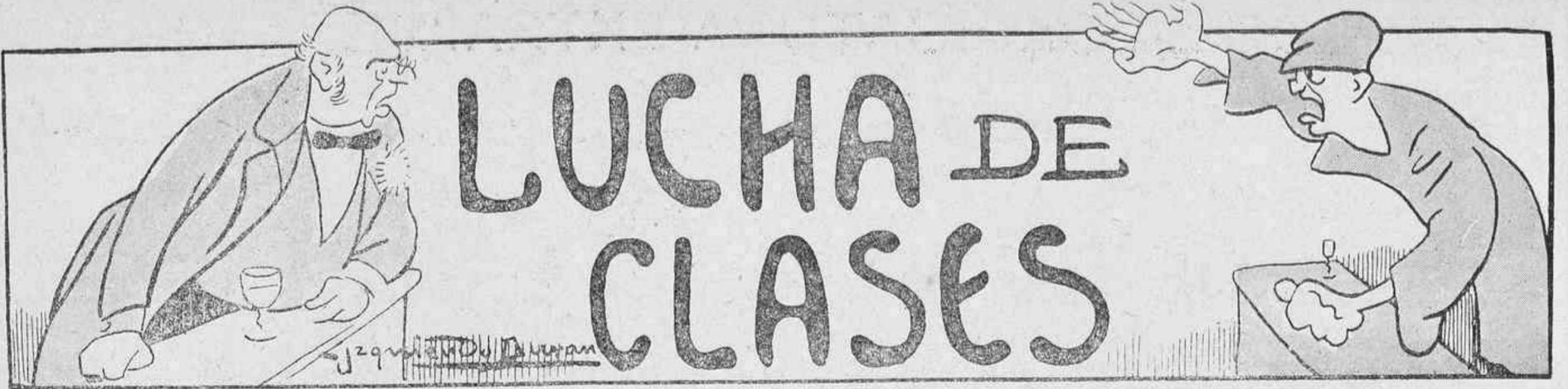
Emilio Carrere



—Don Antonio, cómo se pasa usted todo el día tumbado, no encontrará diferencia al acostarse.

—Sí, señor. De día me estoy tumbado boca arriba y de noche boca abajo.





# LUCHA DE CLASES



A huelga inglesa de mineros de carbón ha dado lugar á mil episodios pintorescos, uno de los cuales transcribo aquí para que cada cual deduzca de él las consecuencias que quiera. Los sociólogos dirán que es *un signo de los tiempos*: á mí me parece una tontería.

En el Westminster-Palace, de Londres, se reúnen á diario los comisionados de obreros y patronos mineros para buscar una fórmula que acabe con el conflicto. Una nube de *reporters* y otra de curiosos llena las galerías del Palacio, esperando que acabe la reunión diaria para caer como langostas sobre los reunidos, aunque éstos, agotadas ya en los primeros días todas las tonterías dignas de ser comunicadas á los representantes de la Prensa, han adoptado un mutismo majestuoso que es la desesperación de los noticieros.

A veces ocurre que durante la reunión uno de los comisionados tiene que abandonar el salón y aparecer en el pasillo para ir á saciar—en un extremo de él, donde crepita un ruido tumultuoso como de agua en cascada—cierta perentoria necesidad que no tiene nada que ver con el fondo de las negociaciones.

—Nada; todavía nada.

—Pero su impresión al menos ..

—¡Oh! Mi impresión es que triunfaremos. ¡A ver qué vida! Esta última frase, dicha en un inglés del Lancashire, des-



concertó un poco á los chicos de la Prensa. Pero el hombre, al pronunciarla, había extendido sus manos hacia adelante, luciendo en ellas unos sortijones que representaban el producto de un mes de extracción hullera sin jornal mínimo.

A los pocos minutos, y antes de que el patrono hubiera vuelto de su excursión al reino de las sombras, apareció otro sujeto á la puerta del salón; iba también á lo suyo, y era un hombre pequeño, con un chaquetón en cuyos bolsillos cabían muy holgadamente todas las poesías de Salvador Rueda, y con unas rodilleras en los pantalones que recordaban á Sol y Ortega; su rostro tenía esa demacración y esa palidez especial del hombre que ha pasado la flor de sus años en el fondo de una mina.

Los periodistas volvieron al atraco:

—¿Usted cree que aún durará mucho...?

—No sé; nosotros estamos como el primer día.

—¿Y el triunfo final?...

—¡Ah! Nuestro, ¡qué duda cabe! Yo les aseguro á ustedes que en las minas de Inglaterra mis compañeros no volverán á dejarse su fortuna para mantener vagos.

—Su fortuna... Pero usted ¿á quién representa?

—A los dueños y arrendatarios de minas. Hemos acordado que cuando un representante de los obreros salga al pasillo

Así ocurrió hace pocos días. Un *gentleman* alto, afeitado de modo tri, le y enfundado en un severo chaqué de esfumaturas grises, salió al pasillo; su porte correcto y distinguido no engañaba: era un representante de los patronos. De la nube periodística se destacaron tres sujetos comisionados por los demás:

—¿Podría usted decirnos...?

para satisfacer anhelos de su fisiología le siga poco después otro representante de los patronos para desvirtuar el efecto de las palabras que aquél haya podido pronunciar ante ustedes.

—Entonces... ese señor que salió antes...

—Es William Thonsson, comisionado de los trabajadores de

Gales. Un buen sujeto, aunque no puede ver ni en pintura a su madre política.

Y el representante de los patronos se despidió de los chicos de la Prensa, alargándoles una mano que parecía recién lavada en carbonilla.

Joaquín Belda.

## DE LA CECA A LA MECA

### SALUTACIÓN Á LAS MUSAS

Madrid, veintiuno de Marzo  
de mil novecientos doce.

Creo un deber de conciencia dedicar estos renglones á Terpsícore, Polimnia, Euterpe, Erato, Caliope y demás amables musas que me prestan sus favores, soplándome —no sé si en la frente ó en el cogote— para que escriba mis versos, que serán malos, conformes, pero que á mí me parecen mejores, mucho mejores que los de Píndaro, Homero, Hesiodo y Anacreonte.

¿Razón para dedicar estas líneas á esas jóvenes? Sencillísima: yo soy uno de los escritores que jamás han escuchado los dulcísimos acordes que en el alma de Natura, según me han dicho, se esconden, y como quiero escucharlos y no poseo las dotes que deben necesitarse para entablar relaciones de palabra con un río, con un mar ó con un bosque; como á mí nada me dicen los arrollos saltadores, ni el jazmín de la mañana, ni las sombras de la noche, ni las luces, ni las brisas, ni los valles, ni los montes, ni la luna, ni el rocío, ni las mieses, ni las flores; y como yo, finalmente, soy muy bruto, se conoce, para gustar las de Apolo románticas emociones, recurro á las nueve musas y las pido por los dioses olímpicos, que me inspiren, que me enciendan, que me soplen, que hoy que entra la primavera con su manto de arreboles, sienta yo las armonías de los campos soñadores, y vengan los cefirillos á decirme sus canciones, y me alegren las cascadas, y las fuentes me alborocen... y pueda referir estas sandeces á mis lectores.

No haga el diablo que las musas, en vez de oír mis razones, se encojan de hombros y exclamen: «¡A mí, Ulises!», porque entonces, sin tener precisamente la elocuencia de Demóstenes, voy á poner á esas niñas igual que chupas de dómine.

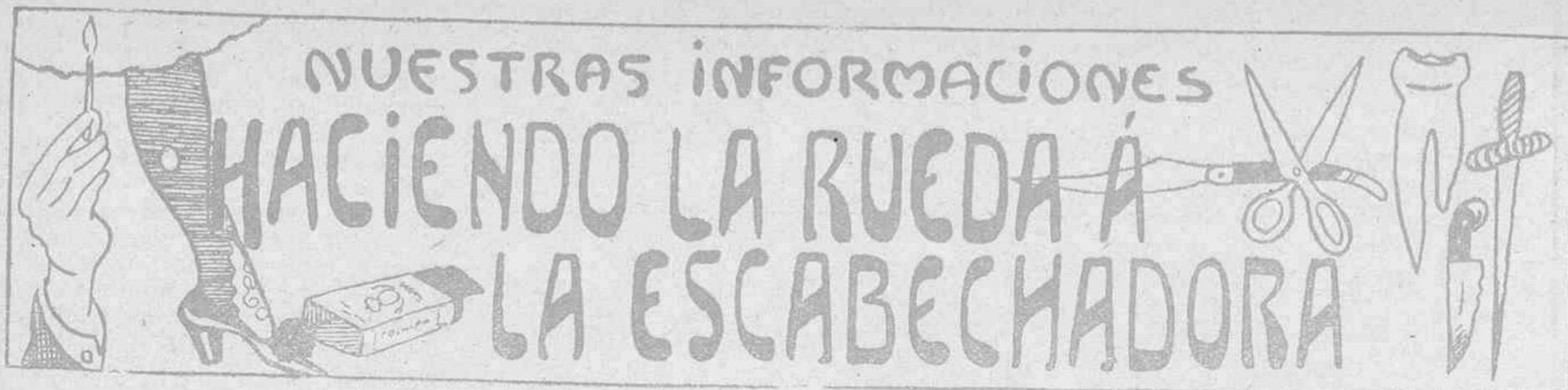
¡No faltaba más que hubiera pitorreo entre los dioses á costa mía! ¡Eso no lo consiento, caracoles! Si alguna musa pretende subírseme á los bigotes (cosa que veo difícil, pues no los tengo), se expone á oír lo que en el Parnaso probablemente no se oye... Porque á mí, en medio de todo, ¿qué me importan las canciones de los mares, de los ríos, de las fuentes, de los bosques?

¿Lleno yo acaso el puchero con músicas y con flores?  
¡Si lo que yo necesito es el *metal*, no las voces!  
¡Si hoy el que habla de «horas dulces» y de «besos de colores» y de «lunas perfumadas» y de «castos arreboles», está loco de remate ó es tonto de capirote!  
¡Menos, menos poesía y más dinero!... ¿Conformes?...

Marciano Zurita.



—¿Quiere usted que le lleve la caja y se la meta en casa?



# NUESTRAS INFORMACIONES HACIENDO LA RUEDA Á LA ESCABECHADORA

Luz.—No veo «El fresco».—A buscar á Izquierdo.—El punto de la media. En Villapelona de Abajo.—Idilio interrumpido.—A la cárcel.—Hablando con el carcelero.—Melón que se cala. ¡La metimos!—Datos interesantes.—Las jarmas de Filo.—Lamueta llegó Careo seguro.

En cuanto llegaron á Madrid las primeras noticias de este crimen verdaderamente monstruoso, cuyas figuras principales, de repugnante relieve, procuran rodear de sombra y de misterio con la ambigüedad de sus declaraciones, aferróse á mi imaginación la idea de utilizar mis servicios excepcionales y únicos con el fin de prestar un doble servicio que la humanidad y la justicia tendrán que agradecerme. ¡Ah, sí!

Hallábame en Apolo viendo *El príncipe Casto*, cuando llegó á mí el primer informe.

—¿Qué es aquí preciso para colaborar en la delicadísima misión de los jueces, contribuyendo á que ésta sea lo más acertada posible?—me pregunté en el acto.—Luz, ¿no es eso? Mucha luz. Y salí en el entreacto.

—¿No se queda usted á la otra sección?—preguntóme uno de los acomodadores.—Va *El fresco de Goya*.

—Lo siento en el alma—le contesté—; pero esta noche no puedo quedarme al *Fresco*. Adiós.

Abandoné el coliseo precipitadamente y me fui derecho á casa de Izquierdo. En compañía suya dirigí mis pasos hacia la estación, obsesionado por la idea de buscar luz á todo trance, y para lograr mi propósito tomé un mixto, el que debía salir de Madrid al señalar el reloj del andén las once y media en punto. Y, en efecto, por esta vez pudimos admirar la excelente moralidad que



reina en el servicio, pues la partida verificóse antes que la manilla pasase del punto de la media.

Dos horas más tarde, el imprescindible Durán y yo nos encontrábamos en Villapelona de Abajo, lugar de acción en la espeluznante tragedia de la *Escabechadora*.

En la calle del Espejo, primera calle que el viajero halla al apearse del tren, sorprendimos una pareja amorosa que maldito si se preocupaba de la luna, la cual les ofrecía un cuarto, por cierto el más á propósito: el creciente.

El desconocimiento absoluto de la población, y la necesidad apremiante

de comenzar en seguida nuestra informativa tarea, nos obligaron, pecando de inoportunos, á interrumpir el idilio:

—¿Tendrían la bondad de indicarnos hacia dónde cae el establecimiento penitenciario de esta localidad?

Los tórtolos, con una afabilidad que ni remotamente esperábamos, brindáronse á servirnos de guía.

Conducidos por la pareja, fuimos á la cárcel.

Una vez allí, nos pusimos al habla con un dependiente del penal.

—¿Qué desean ustedes?

—Celebrar una entrevista con la célebre *Escabechadora* para ver si logramos de ella algunas relaciones de los sucesos más culminantes.

—¿De modo que van ustedes á pedirle relaciones?

—Ciertamente.

—Pues no se molesten, porque va á decirles que no. La pobre se encuentra en muy mal estado.

Juzgándolo interesante, le hacemos varias preguntas sobre el particular.

Departimos un rato.

La charla del carcelero, como persona que está bien informada, resulta pródiga en datos curiosísimos.

—Nos está enterando de todo—me dijo Izquierdo al oído. Y á guisa de comentario sabroso, añade:—¡Qué melón!

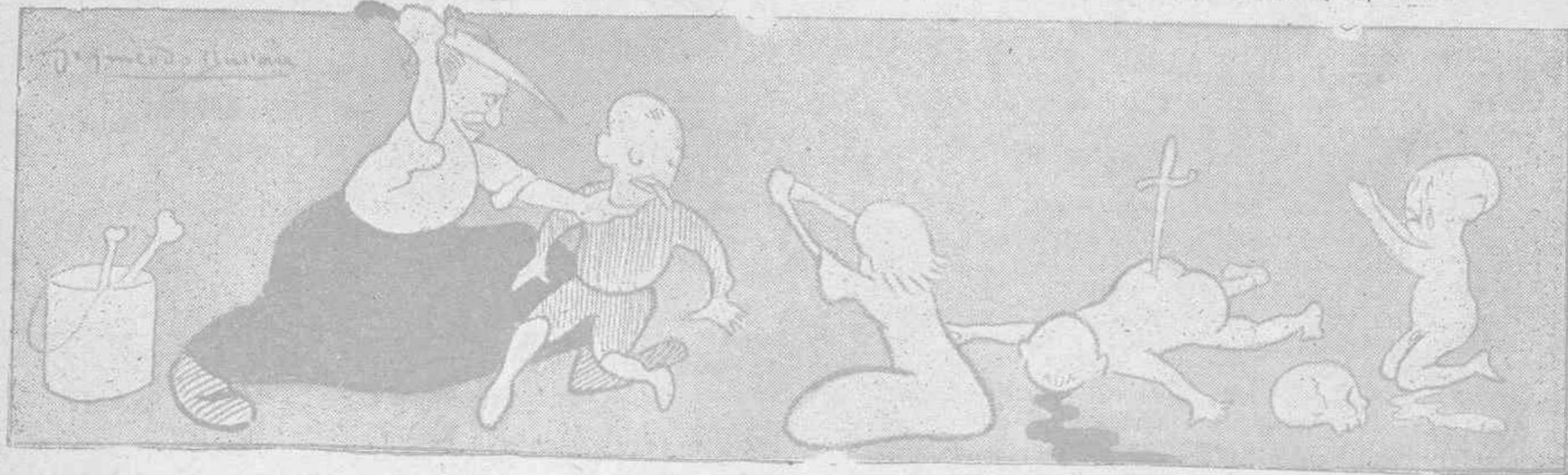
—Ya, ya le contesto de igual forma.—¿Sacaremos raja?

—¡Qué duda cabe!

Pero, ¡ay! Nuestro gozo en un pozo. Al darse cuenta de nuestro cuchicheo el melón, como es natural, se caló todo, y arrepentido de su excesiva locuacidad anterior, puso punto en boca y negóse obstinadamente á seguir la descripción de su historia.

—¡La metimos, Pepel!

—Hasta el corvejón, *Coco*.





Por fortuna, los datos que nos había facilitado eran más que suficientes para el objeto que perseguíamos. Helos aquí:

Se trata de una criminal del género *chico*. Sus víctimas fueron todas menores de edad.

Filomena (que así se llama la *Escabechadora*) es hija de un tal Macabeo Ecija, vigilante de Consumos, á quien la supresión de éstos le *sacó de sus casillas*, porque el hombre tiene siete niños más célebres en la comarca por sus maldades.

La historia de los siete niños de Ecija es una novela; pero renunció á contarla aquí por suponer que será ya conocida de nuestros lectores.

Filomena pasó la mayor parte de su adolescencia en Madrid, sirviendo en una casa de doncella; pero en seguida dejó de serlo y consagróse al cuidado de los niños.

Siendo niñera nació en ella la aversión á las criaturas, debido indudablemente á la guerra que le daban.

Fué entonces cuando su alma, empujada por la fatalidad, sumióse en las tenebrosidades del crimen y principió á rodar por el precipicio insondable de la perdición. ¡Oh!

Empezó por dedicarse á las *varietés*, asesinando despiadadamente, en complicidad cruel con las principales *estrellas* del género, cuantos *couplets* y canciones caían por su banda.

No satisfecha con el sueldo que le daban, presentóse un día al empresario, diciéndole que debía subírsele, pues con aquéllo no tenía ni para satisfacer el importe del vestido.

El empresario se lo subió; pero á ella debió parecerle poco, porque no sólo se marchó á otro *cine* donde le daban más, sino que dedicóse á jugar á la lotería con una afición loca, siendo muy de notar que no soñaba, como la mayoría de los mortales que juegan, con pescar premios grandes. Su anhelo eran los *chicos*, y en cuanto cogía uno lo *hacía polvo* á escape, lo que revelaba ya su instinto criminal para con la infancia.

A título de curiosidad, consignaré que D. Abundio Pérez, fiscal de la causa, era en los buenos tiempos artísticos de Filomena uno de sus admiradores más fervientes.

¡Cómo se metamorfosean los tiempos! ¡Hoy pide *garrote* el que antes pedía *garrotín*!

El número de párvulos sacrificados hasta la fecha por Filo, como se la llama vulgarmente, es exorbitante.

Dado el fin alimenticio á que los destinaba, pueden suponer nuestros lectores la región de antropófagos inconscientes que á estas horas habrá por ahí.

Los escabechaba, por tandas, en el estanco que había establecido para disimular.

Primeramente despachó una de diez y ocho; después, una de treinta, y por último, una de cuarenta y cinco.

Los chicos que escogía para convertirlos en escabeche fluctuaban entre los

cuatro y los diez y seis años de edad.

Una tarde, según cuentan, tenía entre manos uno de quince escogido, dispuesta á despacharlo también, cuando entró de improviso un guardia pidiendo un *vagón* de cerillas, y fué tal el susto que Filo llevóse, que automáticamente, sin poder articular palabra, soltó su presa, fué al departamento correspondiente, tiró del *vagón* como si fuera una máquina, se lo dió, y al marcharse aquél estuvo á punto de sufrir un ataque, debido á la excitación nerviosa que le produjo la aparición inesperada del personaje policíaco, aparición que ella estimó providencial.

Esto no obstante, al poco rato la víctima salió del estanco convertida en escabeche, con destino á una de las pescaderías más acreditadas.

Con los huesos fomentaba la fabricación de esos botones para las camisas que se venden por la calle al precio de diez céntimos la media docena.

Los agentes de la autoridad que tuvieron la suerte de practicar la detención aseguran que ésta se verificó en una taberna y en flagrante delito, pues la *Escabechadora* tenía *medio chico* en las manos.

Registrado el domicilio de la fiera humana, se han encontrado infinidad de cuchillos, navajas y tijeras.

No cabe duda que estas son armas de Filo.

La vista del proceso ha despertado en la opinión vivísimo interés.

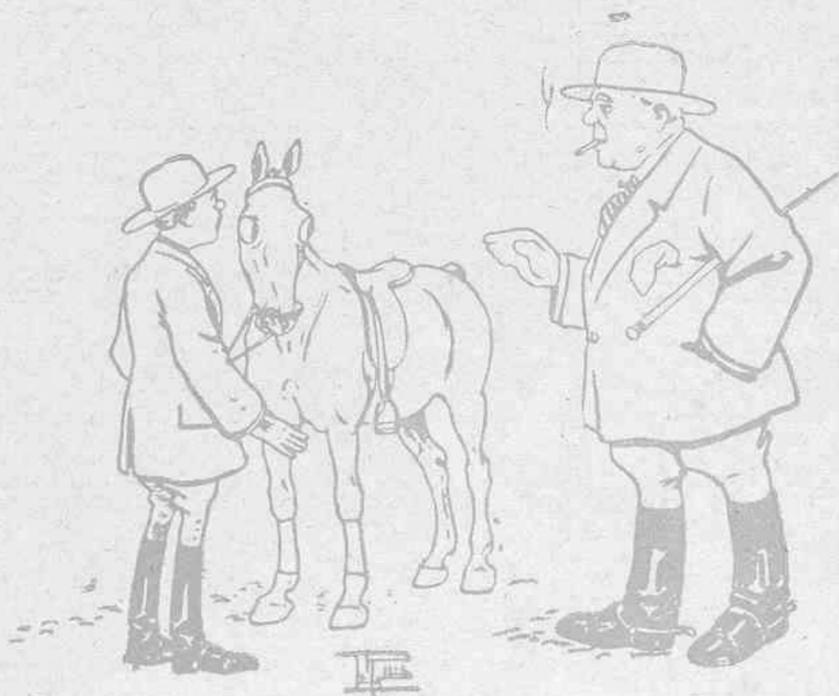
La creencia general es que la *Escabechadora* saldrá mal de la vista. Según informes del carcelero, no cesa de llorar.

Ayer prestó su primera declaración, conmovedora por cierto, el Sr. Lamuela, afligido esposo de Filo, que llegó procedente de «El Molar», en cuyo balneario se hallaba tomando aguas.

Al salir Lamuela del juicio todos experimentaron una dolorosa sensación. Los jueces piensan sacar mucho partido de Lamuela.

Se espera un careo.

El Coco de la Lata.

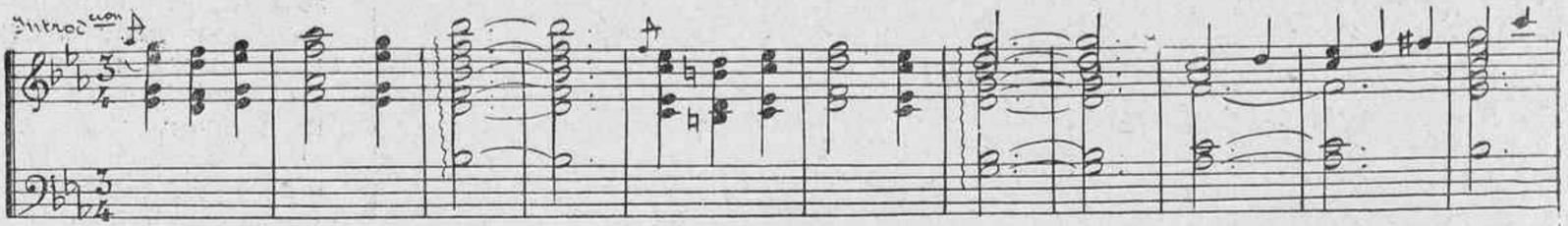


—Es inútil; no puede usted con él. ¿Quiere que yo le monte, verá qué aplomado se queda?

# VALESEMOS

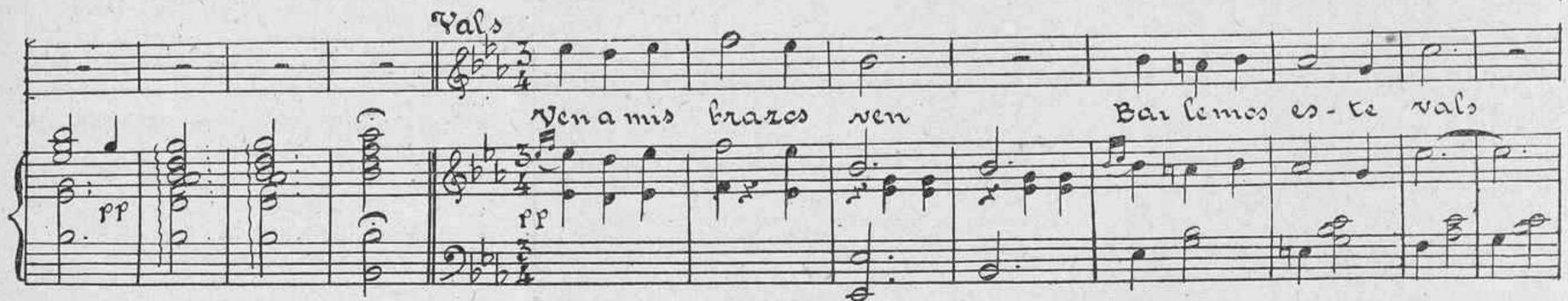
Vals para canto y piano, letra de Joaquín Alcaide de Zafra, música del maestro García Ballenilla.

Canto y Piano



Vals

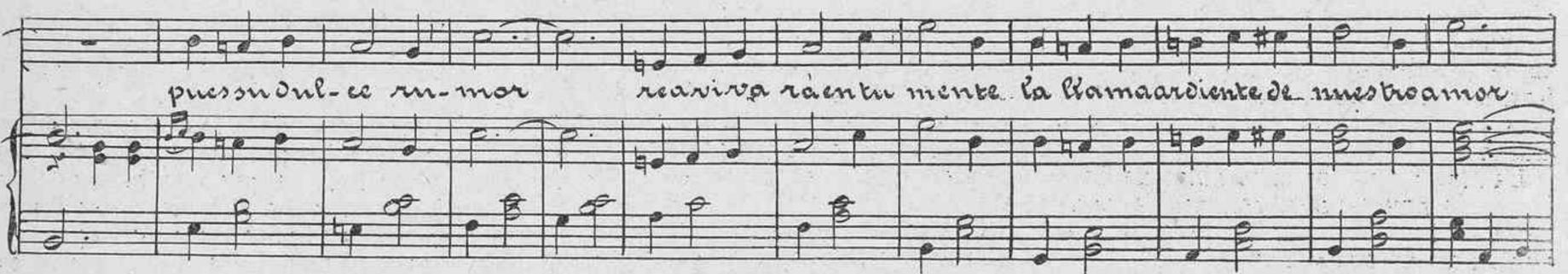
Ven a mis brazos ven Barlemos es-te vals



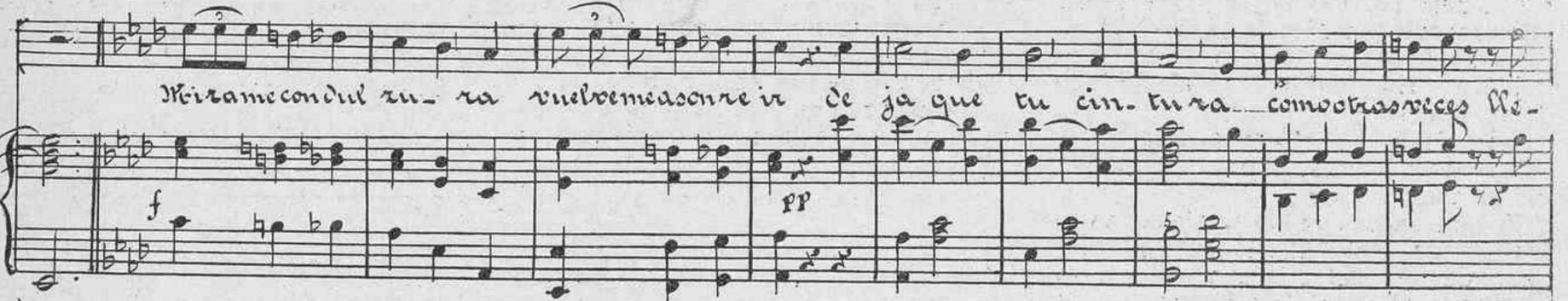
Vas cuando loes en ches siempre alma mia te acordaras tu acordaras de mi



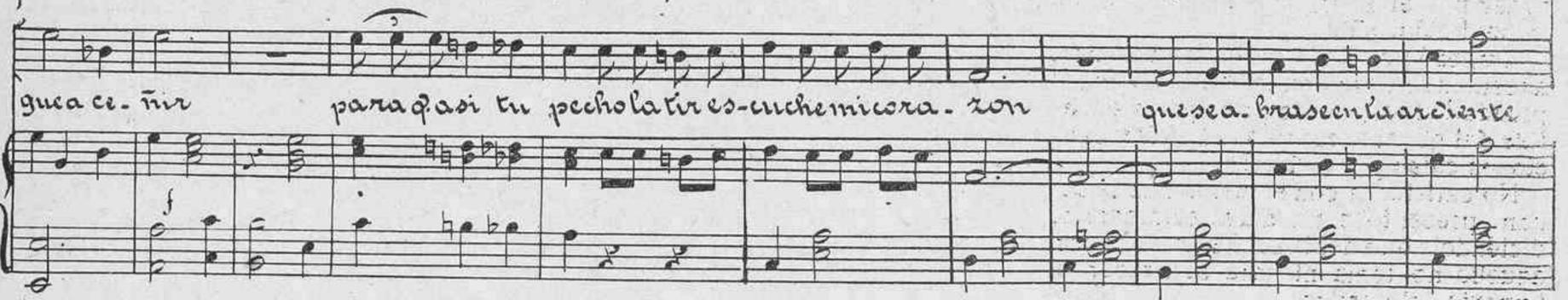
puess dulce rumor reaviva ra en tu mente la llama ardiente de nuestro amor



Mezame condu ra vuelveme asne re in de ja que tu cin-tura como otras veces lle-



gua ce-ñir para qasi tu pechola t'es-cuchemicora-ron que sea brase en la ardiente



llama esplendente de mi pa-sion- ven a mis brazos ven- volvamos a bar-lar-





Informaciones pintorescas.

## Entradas y salidas.

Nada tan jovialmente pintoresco, interesante y absurdo como la vida interior de la farándula, sobre todo de la farándula ínfima, ya que hemos convenido en aplicarla este depresivo adjetivo. La vida de *entre bastidores*, como dicen con horror las gentes pudibundas, es una cosa curiosísima. Ves salir al proscenio una de esas muñequitas flexibles, fulgentes y sonrientes, envuelta en la floración artificiosa de la seda de Manila ó constelada por la brillante urdim'ore de las lentejuelas, y apenas si en sus ojos cariciosos ó en su sonrisa prometidora puedes advertir un pequeño drama íntimo ó un jocoso sainete interior.

Habrás observado, lector, que las cupletistas salen á escena pausada, majestuosamente, sin otra preocupación, al parecer, que la de encantar al público, y que apenas han terminado los últimos compases galantes del sexteto abandonan el tablado rápida, nerviosamente, como si hubieran sido acometidas de un repentino malestar. La explicación de este fenómeno, aunque parece ardua, no puede ser más sencilla. Y es que sobre una artista que sale á la escena pesa la mirada barrenadora, tur-

badora, inquisitorial de su respetable mamá—esas mamás tan iniciadas— ó, lo que es peor, del novio, esos novios no siempre respetados, aunque muchas veces respetables. Los novios suelen ser más molestos y mucho más tiránicos que los protectores. El protector es por regla general un buen vividor que sabe de la condescendencia.

Entre las mamás y los novios se traban á las veces batallas extra-escénicas de una gran importancia para la literatura picaresca.

—Oiga usted, doña Obdulia, en la primera fila, número 4, está el señor de todas las noches, y como ésta permanezca en el teatro, su hija de usted no sale á escena. ¡Por éstas!

—¿Cómo que no sale? ¡Pues, señor! ¡Como si no fuera yo su madre!

—De eso hay mucho que hablar, señora.

Después de esta *indiretta*, la mamá se arroja uñas en ristre sobre el galán, los empleados intervienen, y la flamante decoración de jardín señorial se bambolea ante los atónitos espectadores, mientras la artista objeto de tan enconadas disputas se prende moños y lazos, disponiéndose á salir al público.

—Haz el paseo por la izquierda, niña. Y prodígate, hija mía—advierte la mamá á su retoño, mientras el novio, rechinando los dientes, exclama:

—¡Como repitas el garrotín, hago una

barbaridad! ¡Como mires á ese tío, me tiro á las butacas!

Y ante tan encontradas indicaciones, la muchacha sale á escena un poco desconcertada, mientras el señor de la fila primera enfoca plácidamente sus gemelos,

Luego viene la explosión lujuriente del entusiasmo del público y el gritar: «¡Que se repita! ¡El tango! ¡El garrotín!», á tiempo que el señor de las butacas golpea pausada y pacientemente, como hombre que sabe esperar, con su roten sobre el pavimento, con golpes isócronos que suenan crueles en el atribulado corazón del enamorado.

Desciende el telón entre el clamoreo del público. La artista no sabe si optar por complacer al respetable ó por evitar una desventura á su novio, que la retiene haciendo amenazas de mil espantables crímenes pasionales. La mamá la empuja con titánicos esfuerzos hacia fuera, hasta que tiene que intervenir el empresario, gruñendo con esa severa autoridad teatral:

—¡Mira, Lili! Si se vuelven á repetir estos escándalos, quedas fuera de la Compañía.

Y esta, lector, es una de las varias razones por que ves presentarse á las artistas en escena un poco pausadas é indecisas y las ves retirarse con la imprecisa presteza de una silueta cinematográfica. **Antonio Roldán.**

## CUESTIÓN PATERNAL



—Hija mía, no le desprecies por ese pelagatos de Arturo. Este es barón y tiene muchísimo dinero, míralo bien.

—¡Y á mí, qué! ¿Cuando tú te casaste con papá, miraste lo que tenía?



—¿Quiere usted leche helada, joven?  
—Gracias. Yo no la tomo más que caliente.



—¿Conque estás haciendo el amor á una condesa, barón?  
—No lo creáis. A mis años no puede hacerse el amor. Hay que comprarlo hecho.



—Porque casó con un viejo extráñase todo el mundo, y el caso extrañar no debe: «á buen hambre no hay pan duro».

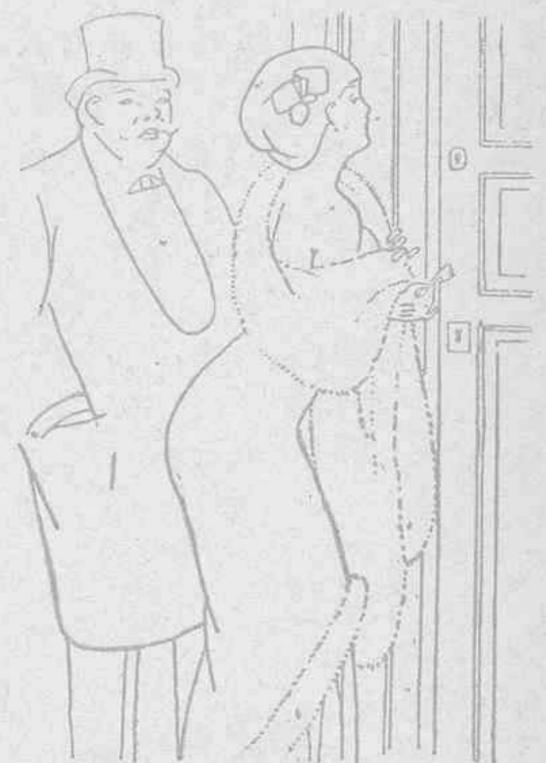


—Señorita, lo que le hace á usted falta es una persona como yo: formal y sesuda.

—¿Se-suda, eh? Ya lo veo.



—¿Espera usted al señorito Alberto?  
—¿Por qué lo preguntas?  
—Como siempre que viene se pone usted las camisas estas abiertas por detrás...  
—¿Qué quieres? Caprichos míos. Ahora me da por ahí.



—Ya sabes dónde tienes tu casa. Su-pongo que vendrás á verme...  
—¡Ay, hijal! No lo sé. Para un hombre de mi edad es mucho pedir que llegue al tercero derecha.

## ¡Fuera embargos!

Allá en Sevilla, según nos dice por telegrama el corresponsal de un rotativo de la mañana, en una casa de vecindad apaleada fué la justicia porque á la calle quiso sacar el mobiliario de unos vecinos que artistas son á decir verdad, porque cultivan el peligroso y nuevo arte de no pagar á los caseros, arte que tiene su *exposición* como las demás. Los inquilinos todos hicieron

causa común, como es natural, con los morosos, pues tal sistema muchos ha tiempo utilizan ya, y pronto es fácil que una visita también les haga la autoridad. Al cumplir ésta su cometido la indignación se hizo general, y los agentes salieron hartos de eso que es bueno á falta de pan. De las razones de mayor peso con que querían justificar su permanencia en aquella casa, voy á citarles una no más, porque la juzgo de tanta fuerza que no se puede contrarrestar.  
—¿Cómo mudarnos—decían ellos—si no podemos por nuestro mal;

pues sin *un cuarto* nos encontramos y es con lo que antes hay que contar?

.....  
Si á repetirse el caso llegara, ¡que vaya si se repetirá!, en adelante no habrá desahucios, y desterrados de aquí serán en cuanto lleve la policía tres escarmientos de índole igual. Ni se hará caso de los caseros cuando se atrevan á presentar una denuncia porque no cobran, lo cual nadie se lo creerá. Los sevillanos, palpablemente, les demostraron días atrás, que no se debe embargar por eso siendo tan fácil como es *cobrar*.  
Adolfo Sánchez Carrère.



—Siempre respondes cuando se te pide para los pobres.  
—Porque con el tiempo pediréis para mí.



—¡Señorita, una limosna por el amor de Dios!  
—Tome y no vaya á gastárselo en la primera taberna.  
— Veo que la señorita está bien informada. Dan mejor vino en la segunda.

## Exención militar.

En un pueblo de Aragón se ha dado un caso estupendo, que por lo raro comprendo que llamara la atención.

Está la ciencia pendiente de esta reciente experiencia, y aun no se explica la ciencia el caso, que es el siguiente:

Un mozo guapo y robusto del último alistamiento sufrió el reconocimiento militar, como era justo, y por las palpitaciones que oyeron bajo la piel resultó que el mozo aquel... ¡tenía dos corazones!

Por este defecto fútil, y á pesar de los pesares, los médicos militares lo declararon inútil,

y aquí de mi confusión: Si para ser buen soldado es preciso y descontado ser *hombre de corazón*,

¿por qué secretas razones que no acierto á descubrir no es útil ni ha de servir un *hombre... de corazones*?

¿Por qué razón, ¡vive Dios!, ponerle defecto alguno, cuando hay hombres sin ninguno y este mozo tiene dos?

¿Que en una sangrienta acción le dan un bayonetazo ó le pegan un balazo en *mitad del corazón*...?

—¿Y qué me importa?—diría—. ¡Que se muera el que no pueda

resistir, que á mí me queda otro sano todavía!

Y con tan rico tesoro podría en esta campaña, amar con el uno á España y odiar con el otro al moro.

Y al dedicar un recuerdo á su novia, hacerlo así:  
—¡El *derecho*, para ti... para mi Patria, el izquierdo!...

Y cuando lleno de gozo y en las noches de jarana llegaba hasta la ventana rondando á su novia el mozo, ¿no tenía mil razones al decirla zalamero:

—¡Mañica mía!, te quiero, con todos *mis corazones*?...

Conste, pues, que en adelante podrá, como se ha probado, no servir para soldado... ¡pero lo que es para amante!...

Fiacro Yráyoz.

## VALSEMOS

Letra del vals que publicamos en este número.

Ven á mis brazos. Ven. Bailemos este vals. Y así cuando lo escuches, siempre ¡alma mía! te acordarás. Te acordarás de mí, pues su dulce rumor reavivará en tu mente la llama ardiente de nuestro amor.

Mírame con dulzura. Vuélveme á sonreír. Deja que tu cintura como otras veces llegue á ceñir; para que así tu pecho latir escuche mi corazón, que se abrasa en la ardiente llama esplendente de mi pasión.

Ven á mis brazos. Ven. Volvamos á bailar. Que los enamorados, bailando juntos, se quieren más.

Este amoroso ritmo que ahora escuchamos juntos los dos, como si fuera el himno santificado de nuestro amor, debes siempre entonarlo cuando te encuentres lejos de mí; para que el alma mía su melodía lleve hasta ti.

Ven á mis brazos. Ven. Volvamos á bailar. Que los enamorados, bailando juntos, se quieren más.

Ven á mis brazos. Ven. Bailemos este vals. Y así cuando lo escuches, siempre ¡alma mía! te acordarás. Te acordarás de mí, pues su dulce rumor reavivará en tu mente la llama ardiente de nuestro amor.

Joaquin Alcaide de Zafrá.



—No te vi en la función á beneficio de María Palou.

—Pues estuve. ¡Cómo faltar á tan agradable velada! El programa era llamativo: *El padrino del Nene*, que, dicho sea de paso, fué admirablemente interpretado y proporcionará grandes entradas á los Sres. Arregui y Arruej; *El príncipe Casto*, *El fresco de Goya*, estreno, y *El patinillo*, el sainete más pesado de los Quintero, dicho sea también de paso...

—¿Qué te pareció *El fresco de Goya*?

—Un sainete madrileño bastante entretenerido, si que también demasiado largo y perteneciente á la familia de *El pobre Valbuena*, *El terrible Pérez*, *El iluso Cañizares*, etc., etc... Sin embargo, en *El fresco de Goya* el argumento es original y gracioso, y los señores Arniches, García Alvarez y Domínguez...

—¿Y nadie más?

—La música de Quinto es, como toda la que él escribe, alegre, retozona y sin pretensiones; cumple perfectamente las exigencias del libro.

—La beneficiada desempeñó su papel con gran acierto, sobresaliendo en el cuadro tercero, en la escena más cómica del sainete, en la que interviene Moncayo.

—La Isaura, hecha una gran artista. El numerito cubano que cantó y bailó, viéndose obligada á repetirlo, es uno de los más bonitos que tiene la obra.

—¿Qué me dices de Moncayo?

—Que hizo un «fresco» inimitable, mayor que el que corría en la calle. ¡Vaya una novecita!... Sin exageraciones ni desplantes, Pepe salió airoso de su cometido; fué aplaudidísimo.

—Mihura ¡me recordaba tanto el papel que interpretaba en *El pobre Valbuena*! La misma pronunciación, el mismo timbre de voz...

—Videgain, «un si es no es» caracterizado con exceso; por lo demás, cumplió como bueno.

—Cada cual cumple como lo que es.

—El mismo día del estreno de *El fresco de Goya* se estrenó en Novedades, en la sección vermuth, una zarzuela en un acto y tres cuadros, titulada *Milagros del amor*, original del señor Cerdá, música de los compositores Foglietti y Brú, obra que, según noticias, no fué del agrado del público, toda vez que los autores no alcanzaron el honor de pisar las tablas; como me lo han contado te lo cuento; yo, en la ocasión presente, hablo por boca de ganso, pues se me «largó» el santo al cielo y no me acordé de ir al coliseo de D. Evelio.

—Pues este vicario presencié dicho estreno.

—¿Y, en efecto, no gustó al «ilustre» senado?

—Si se tiene en cuenta su actitud al terminar la representación...

—Bueno; pero la obra ¿merecía que dieran «lo suyo», ó no? Con franqueza...

—No, señor; no lo merecía. Ciertamente que no era ningún monumento literario; pero el publiquito se pasó de exigente. El primer cuadro está bien hecho; el segundo es muy original y muy bonito, de exquisito gusto, así como suena, pese á los intransigentes; el tercero, más flojo que los otros dos, no da motivo á que nadie se llame á engaño, ni mucho menos á que se rechace en la forma airada que se rechazó.

—No lo entiendo.

—Igual me sucedió á mí, y está demostrado que al público no hay quien lo entienda. La música de los maestros ya citados me pareció, sencillamente, agradable; toda ella está bien instrumentada, y hay dos ó tres números inspiradísimos, sobre todo el cuarteto del segundo cuadro.

—¿Y los actores?

—Lamas, que lleva el peso de la zarzuela, trabajó con cariño; ¡lástima que se equivocara tantas veces!... Los demás, una *miaja* deficientes.

—En donde ha «surgido» un nuevo éxito, ha sido en Martín. El estreno «correspondiente» á la semana pasada, *La gente de rompe y rasga*, es un sainete joco-serio hábilmente escrito por el Sr. Burgos y musicado á lo Verdi—léase con pretensiones—por el compositor Sr. Ortells, y en el que los hermanos Uliverri, Sras. Lastra y Molina, y señores Bejarano, Gaivar y Balsalobre ponen de manifiesto sus estimables condiciones de buenos actores.

—Me complazco del «exitazo», y hasta el próximo que no se hará tardar mucho en el coliseo de la *rue* de Santa Brígida.

—¿Sabes que me ha llamado la atención que ni María Guerrero ni su esposo tomaran parte en *El aventurero*, comedia de Capús, arreglada á nuestra escena por el distinguido periodista Ricardo Blasco, y que se estrenó el domingo en la Princesa?

—No sé por qué te ha llamado la atención. Considera que el ilustre matrimonio viene trabajando mucho, es incansable, y es lógico también que alguna vez se permitan el lujo de ver «los toros desde la barrera»... Aparte de esta reflexión mía, ellos han ensayado la comedia con el cariño que acostumbran, y con su tan magnífica dirección, la obra no sufrió el más leve tropiezo, y desde su primer acto, la distinguida y no numerosa concurrencia que presen-

ció el espectáculo gustó de interesarse por la comedia, haciéndose lenguas de la meritísima labor del excelente histrión Emilio Thuillier, que estuvo colosal, digno de alabanzas sin cuento.

—Entonces, pasada la semana lata, digo, Santa, se estrenará *Malvaloca*, de los Quintero.

—*Sipi*, que dirían ellos; y se dice que se estrenará el sábado de Gloria.

—¿Se puede saber la causa que te impidió ir el miércoles al Español á ver el grandioso drama de Galdós *Doña Perfecta*?

—Un olvido involuntario...

—Un olvido de mentecato, querrás decir; pues es imperdonable en ti que no acudieras al coliseo municipal á presenciar la citada representación.

—Si eres tan amable que gustas de darme noticias de la «reprise» de *Doña Perfecta*, se te agradecerá.

—No te puedes figurar el nuevo éxito que alcanzó la hermosa obra de D. Benito. El acto primero fué escuchado con vivísimo interés, arrancando algunos aplausos del público determinados parlamentos de los principales protagonistas; los actos restantes, ídem de lienzo, y al final el entusiasmo de la concurrencia que llenaba el teatro rayó en el delirio. El maestro Galdós no se hallaba en el teatro, como hubiera deseado la gente, que con insistencia y con ruidosas ovaciones exigía su presentación en el palco escénico.

—¿Y ellas y ellos?

—Muy bien; todos interpretaron sus papeles—que los hay de peso—con verdadero lucimiento. La Srta. Bremon tuvo momentos de gran artista; en la voz, en el gesto, en la expresión, nos resultó una *Rosario* incomparable. La Srta. Morera hizo una *doña Perfecta* muy perfecta; la Srta. Luna no desentonó en su papel de *María Remedios*. El Sr. Soto merece sinceros plácemes por el acierto con que desempeñó su importante cometido (*Pepe Rey*), y los Sres. Viñas y Tatay tampoco descompusieron el cuadro: ambos actores fueron, en justicia, celebradísimos.

—¡Pues sí que me he perdido una gran función!

—El simpático representante de la Empresa, el popular Desiderio Hidalgo, demostraba en su cara, durante los entreactos, en el *foyer*, la más viva satisfacción por el triunfo que obtenía el drama y el entusiasmo de los espectadores; y Pepe Luna, no menos simpático también, acabó demostrando su contento, comprándose á la salida en una pastelería de la calle del Príncipe unas medias noches, para pasarlas en la redacción de la mejor manera posible; yo lo *vide*... Colirón.

**A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.**

MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON  
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO  
Talleres en Madrid

# NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA  
75 %

ECONOMIA  
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

## UNICA IRROMPIBLE